Miguel Hernández,

Alejandro Fernández González
IES Besaya (Torrelavega). Cantabria.

Vientos del pueblo me llevan,
vientos del pueblo me arrastran,
me esparcen el corazón
y me aventan la garganta.

Cuando hace unos meses encontré la cita que copiaré a continuación, recordé de inmediato lo que hace bastantes años me dijo el profesor de Literatura Española que me descubrió a Miguel Hernández: «Dentro de unos cuantos años, toda España querrá rescatar del olvido al poeta Miguel Hernández». He aquí la cita de Pablo Neruda que no puedo quitarme de la cabeza: "*Recordar a Miguel Hernández, que desapareció en la oscuridad, y recordarlo a plena luz, es un deber de España, un deber de amor. Pocos poetas tan generosos y luminosos como el muchachón de Orihuela cuya estatua se levantará algún día entre los azahares de su dormida tierra. No tenía Miguel la luz cenital del Sur como los poetas de Andalucía sino una luz de tierra, de mañana pedregosa, luz espesa de panal despertando. Con esta materia dura como el oro, viva como la sangre, trazó su poesía duradera. ¡Y éste fue el hombre que aquel momento de España desterró a la sombra! ¡Nos toca ahora y siempre sacarlo de su cárcel mortal, iluminarlo con su valentía y su martirio, enseñarlo como ejemplo de corazón purísimo! ¡Darle la luz! ¡Dársela a golpes de recuerdo, a paletadas de claridad que lo revelen, arcángel de una gloria terrestre que cayó en la noche armado con la espada de la luz!*"

¿Por qué no puedo olvidarme de esta cita desde que la encontré en Internet buscando algo que me revelase más profundamente la relación entre el inquilino más famoso de la "Casa de las Flores" y el poeta de Orihuela? Porque la difícil etapa que España vivió tras la Guerra Civil oscureció a muchos escritores que siempre han debido y deben estar iluminados por la luz de los hombres, y lo hizo de maneras muy diferentes. Esta oscuridad que ahora está revelando la luz me recuerda a aquellos años en que, siendo sólo un adolescente, en mi casa se escuchaba los fines de semana a Joan Manuel Serrat cantando unos poemas que yo no conocí hasta que mi profesor de Literatura Española me "obligó" a leer el magnífico poemario *El rayo que no cesa*. Yo tenía sólo trece años y llegaba de un colegio donde la literatura era algo puramente anecdótico y cuando la pasábamos por encima era sólo para hablar de la vida del autor y nada más.

Con esta materia dura como el oro, viva como la sangre, trazó su poesía duradera. ¡Y este fue el hombre que aquel momento de España desterró a la sombra!

La vida del hombre está llena de recuerdos y la literatura es quien genera la mayor parte de éstos. Cuando con sólo trece años descubres que te gusta la poesía, y la literatura en general, empiezas a pensar que quizá no eres como los demás. Si descubres, además, que te emocionas leyendo los poemas de Miguel Hernández y la sangre te hierve, ahora sí, escuchando sus poemas en la inconfundible voz de Joan Manuel Serrat, entonces no hay duda: te han inoculado el virus de la poesía, y contra él no hay cura posible. Cuando más pena sientes es al descubrir que ese poeta que sientes tan cercano en temas, expresión y sentimientos, ha muerto por la incomprensión y, claro, nunca podrás conocerlo ni preguntarle de viva voz por qué escribió esto o aquello. Desde entonces ha habido algo que no deja de bullir en mi cabeza. Desde unas ideas más firmes y asentadas gracias a las lecturas que he hecho en estos años, hoy creo que eso que no paraba de danzar en mi cabeza era conocer en qué momentos o situaciones había escrito Miguel Hernández cada uno de sus poemas y así saber si la afinidad entre sus ideas y mi forma de entender sus composiciones tenía algo que ver o eran simples ilusiones mías. ¿Tendrán algo que ver? Creo que sí, sobre todo después de conocer en profundidad la vida del poeta de Orihuela. De todas formas, ya la cita que abre el artículo es una declaración de intenciones.

poeta de la luz.

Miguel Domingo Hernández Gilabert, tal y como reza su partida de nacimiento, vino al mundo el 30 de octubre de 1910 en una humilde casa del pueblo alicantino de Orihuela, tercer hijo del matrimonio formado por don Miguel Hernández, tratante de ganado, y doña Concepción Gilabert, ama de casa, más conocida como "Concheta". Si la figura del padre nunca fue un modelo a seguir, tal y como demuestra su forma de comportamiento y de pensamiento, sí lo fue la figura materna por lo que tuvo que sufrir a lo largo de su vida. Por eso Miguel le dedicó estas líneas: «Tengo muchos motivos para pegar martillazos contra los culpables de la tristeza de las campesinas de España: mi madre ha sido, es una de las víctimas del régimen esclavizador de la criatura femenina. Enferma, agotada, empequeñecida por los grandes trabajos, las grandes privaciones y las injusticias grandes, ella me hace exigir y procurar con todas mis fuerzas una justicia, una alegría, una vida nueva para la mujer.» El pueblo en el que nació Miguel ha sido, desde siempre, "una ciudad levítica" (¡qué bien lo expresó Gabriel Miró!) y cerrada a las influencias extranjeras, además de estar dominada por los distintos ambientes eclesiásticos que controlan el orden en la vida de sus habitantes, un poder eclesiástico cuyas pasiones reprimidas retrató como nadie el novelista alicantino. Quien no recuerde cómo era, que vuelva a las novelas de Miró, además de que se pueden encontrar testimonios de distintos personajes de la época que hablan del lugar, siempre de la misma forma.

Me parece fundamental, para cualquier escritor que se quiera conocer, un primer acercamiento a su familia y al lugar donde nació y se crió. Ya sé que estamos muy lejos del determinismo típico del siglo XIX, pero... ¿hay alguna persona que no se defina en la vida por la influencia del medio en que vive y, también por la influencia genética? Soy de los que piensa que no, si bien es cierto que con los años y alejándote del medio en que te has criado, tus ideas pueden cambiar por completo, como es el caso de Miguel Hernández, cuyos primeros años de vida, hasta su tercera visita a la capital, estuvieron dominados por este lugar, sus amigos (sobre todo José Marín, al que todos conocemos por el seudónimo de Ramón Sijé, al que Miguel le dedicó la famosa elegía) y lo que quería su familia. El cambio que se produce en su forma de ver el mundo después de conocer a personas de la talla de Pablo Neruda, Delia del Carril, Maruja Mallo, Rafael Alberti y su esposa Mª Teresa León, Emilio Prados, Manuel Altolaguirre y su esposa Concha Méndez, José Bergamín o Vicente Aleixandre hará que aquel mito del poeta-pastor desaparezca y el Miguel que se presente ante el mundo sea un Miguel lleno de interés por los más débiles, a los que quiere ayudar en todo momento. ¿Quién puede olvidar las palabras de Aleixandre a tal efecto al recordar que Miguel era quien estaba siempre con él cuando estaba enfermo, quien le traía naranjas pues el malagueño no podía salir de su casa o quien lo llevó, a él y a todos sus enseres en una carretilla, desde su apartamento en la calle de Velintonia, en la ciudad universitaria, hasta el nuevo apartamento en la calle Españoleto al comenzar los bombardeos de la contienda civil? La máxima expresión de aquella amistad, al igual que con Neruda aparecen en sus famosas "odas": *Oda entre arena y piedra a Vicente Aleixandre* y *Oda entre sangre y vino a Pablo Neruda.*

La situación de Miguel no cambió de un día para otro, claro está, como nada en el mundo. Desde muy joven, en cuanto su padre lo saca del colegio de los jesuitas a pesar de sus buenas notas, para que salga al monte a cuidar el rebaño de cabras, la vida de Miguel cobra otro sentido. Pasa varios años unido a la Naturaleza, tan fundamental en su obra, y junto a sus cabras, a las que ha aprendido a amar. Esto no quiere decir que olvide de repente su interés por la lectura y la escritura, muy al contrario. En estos primeros años

de su juventud entra en contacto con Carlos Fenoll, un joven como él que regenta una tahona en el pueblo, y se unen a ellos otros jóvenes que se interesan por la poesía. Así nacen las tertulias en la Tahona de los Fenoll, que resurgirán con una nueva generación de poetas oriolanos cuando Miguel ya se encuentra instalado en Madrid. A estas tertulias acude una persona que tendrá hondo calado en la vida de Miguel, su amigo José Marín, cuya filosofía de vida y cuyo pensamiento serán los que más influyan en la primera etapa de la poesía de Miguel. Muchos se preguntarán cómo llegaron, a lo largo de todos esos años, los libros a las manos de Miguel. Bien, la respuesta es muy fácil, es don Luis Almarcha. El vicario general de Orihuela se mostró siempre interesado en que Miguel leyera a los clásicos y él fue quien suministró las obras de Garcilaso de la Vega, San Juan de la Cruz, fray Luis de León, Góngora y Quevedo, sin olvidar a ninguno de los poetas de nuestros Siglos de Oro. Parece mentira que alguien que tan interesado estuvo siempre en que Miguel leyera, no olvidara la cultura y se prepara no lo ayudara en los momentos cruciales de su vida (sobre todo en los meses antes de su muerte, cuando podía haber conseguido su traslado a Orihuela para que estuviera cerca de su familia). A todo ello ayudó el que estuvieran en bandos que, en aquel momento de España, estaban encontrados: don Luis pertenecía a la Iglesia, uno de los pilares del nuevo régimen, y Miguel había luchado activamente durante la Guerra en el bando republicano y era activo militante del Partido Comunista.

Jaén, abril de 1937. Josefina Manresa y Miguel Hernández.

Para el momento en que nos encontramos, con un Miguel lleno de vida y con enormes ganas de irse a Madrid para probar suerte en el ambiente literario, es muy importante recordar que Miguel ya ha sufrido algún desengaño amoroso, pero ya parece que su relación con Josefina Manresa ha comenzado con buen pie tras el primer contacto entre ellos: Miguel le da en plena calle un pequeño poema declarándole su amor al más puro estilo petrarquista, no sólo en el acto sino también en el contenido ("Date presa de amor, mi carcelera"). Ella será la mujer a la que consagre su vida, a pesar de que se conoce perfectamente su relación con la pintora Maruja Mallo, su interés por una amiga poeta, María Cegarra, y su intensa amistad con la más grande las pensadoras de nuestro país, la discípula de Ortega, María Zambrano, una de las que despertaría en Miguel su amor por los más necesitados, pues fue quien le habló de las Misiones Pedagógicas y de cómo la República estaba llevándolas a cabo para que los campesinos conocieran el arte y la cultura españolas.

Pero volvamos por un momento a los años de despegue en Orihuela. Gracias a su amigo José Marín, que desde muy joven tenía muchos contactos con los grandes representantes de la cultura de la época, y a muchos amigos más que pusieron el interés y el dinero, pudo Miguel irse a Madrid, ver cómo estaba allí el panorama literario y si conseguía algún trabajo que pudiera ayudarlo a sobrevivir. En un primer momento fue imposible a pesar de las cartas de recomendación que llevaba y todo lo que lo ayudaron. Pero su espíritu noble y tozudo no se desanimó al tener que volver a su ciudad natal y al mundo cerrado que él ya veía desde lejos, pues incluso su padre, siempre tan contrario a los deseos de Miguel, llegó a presumir en Orihuela delante de sus amigos de los poemas que su hijo había escrito. Este primer viaje sentará las bases del siguiente, en el que aparecerán dos personas muy importantes en su vida: el editor José Bergamín, director de la revista *Cruz y raya*, quien le dará su primer sueldo por los derechos de autor de su auto sacramental, influido por los de

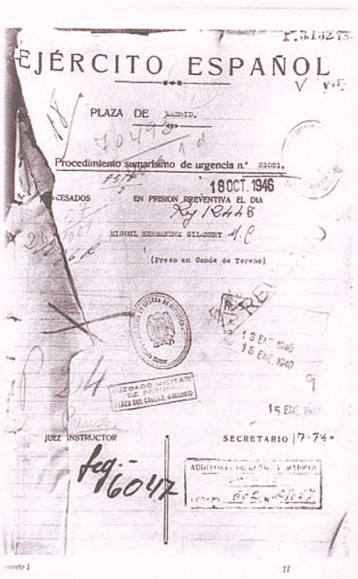
Calderón y por la ideología de su amigo Marín; y el cántabro José María de Cossío, quien le dará trabajo como secretario personal en la editorial Espasa-Calpe, sin decirle nunca que lo contrató personalmente y que la editorial no tenía nada que ver, es decir, que le pagaba de su propio sueldo. Sin la ayuda de estos dos benefactores, Miguel no podría haber continuado allí, claro que su propia familia y muchos de sus amigos de Orihuela lo han seguido ayudando igualmente.

Este segundo viaje le abre las puertas de un mundo desconocido para él y será la semilla de toda una nueva etapa en su vida. Una etapa que lo acercará a postulados tan distintos a los que venía apoyando junto a su amigo José Marín que, finalmente, lo alejarán también de él a pesar de los intentos de éste por mantenerla. Muchos se preguntarán también porqué tanto interés en una amistad que parecía destinada a desaparecer desde los inicios debido a lo poco que tenían en común los dos jóvenes: Miguel no era más que un pastor de cabras de familia humilde y la familia de Marín regentaba una tienda de telas en la zona noble de la ciudad, por lo que su familia pertenecía a la burguesía oriolana. José Marín, el Ramón Sijé de la *Elegía* que le dedicó Miguel, era un joven de salud muy delicada que poco salió de Orihuela y que pensó que Miguel podía ser en Madrid un eco de sus pensamientos (ferviente religiosidad, catolicismo a ultranza...), de ahí el interés por mantener allí a su amigo. Pero todo esto va a llevar a Miguel a una encrucijada que acabó por resolverse con el tercer viaje del oriolano a Madrid y finalmente, con la muerte de Sijé. Miguel mantiene su amistad con Sijé pues mantienen unas ideas comunes en cuanto a la vida y a la creación literaria, pero en estos momentos en que Sijé quiere aún mantenerlo como amigo, le llegan al joven que está pasando por una fuerte crisis religiosa desde que llegó a Madrid en esta última ocasión cartas en que los amigos de ahora le cierran las puertas de esa amistad. El primero en hacerlo es José Bergamín, quien en un principio tenía ideas comunes con Sijé, pues le dice a Miguel que el provincianismo de su amigo lo aleja del europeísmo que pesa en la intelectualidad de aquellos momentos, y después lo hará Pablo Neruda, quien acusará a la revista de Sijé, *El gallo Crisis*, de estar demasiado cercana al incienso (evidente símbolo de la Iglesia y su cerrada visión del mundo). Quizá el círculo se cierra cuando pocos días después de morir su amigo, Miguel compone y recita en su homenaje en Orihuela la famosa *Elegía a Ramón Sijé*, gracias a la cual su amigo consiguió lo que ni su vida ni él mismo habían conseguido: la fama para la posteridad, aquella de la que ya hablaba Jorge Manrique en las *Coplas a la muerte de su padre* allá por el siglo XV, por eso, qué antiguas son las ideas y cómo forman parte de nosotros mismos pase el tiempo que pase. De ahí la actualidad de la literatura.

En estos momentos, muy poco después de la muerte de Sijé, Miguel, tras las batallas pasadas en el amor, se casa con Josefina Manresa. Ambos van a Madrid, pero en menos de un mes ella debe volver porque su madre está muy enferma, de hecho morirá a los pocos días. Aunque éstos parecían días tranquilos, la Guerra Civil ya estaba pasando factura. Aunque Miguel siempre actuó como uno más en el frente de batalla, no olvidemos que se alistó como simple zapador, llegó a ser, seguramente gracias a las gestiones de Aleixandre y Emilio Prados, primero agregado cultural y después comisario político, y también porque el cubano Pablo de la Torriente, superior pero gran amigo hecho durante la contienda y al que le dedicará un precioso poema a su muerte, pensó que esa era la labor que Miguel debía desempeñar: elaborar un periódico divulgativo de las ideas republicanas, alfabetizar a la tropa y, lo más difícil de todo, renovar la moral de los soldados con recitales y lecturas que levantaran el espíritu combatiente de sus compañeros. A esta época pertenecen las muchas manifestaciones de los compañeros de Miguel en el frente, todos ellos defendiendo el papel del poeta oriolano como "poeta del pueblo", pues siempre había estado con ellos durante

Miguel Hernández en el frente.

la contienda, en los sitios más difíciles y, siempre, el primero en atacar y arengar a los soldados. Éstos, que parecía que sólo sabían de guerras y armas, enseguida se dieron cuenta del papel de Miguel junto a ellos, pues mientras otros artistas de la categoría de Miguel como Alberti y su esposa Mª Teresa León, García Lorca o Bergamín llegaban al frente para hacer homenajes a los caídos o para infundirles ánimos y enseguida se iban, Miguel seguía siempre en el frente, junto a ellos.


EJÉRCITO ESPAÑOL

PLAZA DE MADRID.

Procedimiento sumarísimo de urgencia n.º 23001.

18 OCT. 1946

PROCESADOS EN PRISIÓN PREVENTIVA EL DIA

MIGUEL HERNANDEZ GILABERT

(Preso en Conde de Toreno)

JUZGADO MILITAR

JUEZ INSTRUCTOR

SECRETARIO

Proceso sumarísimo contra Miguel Hernández.

La poca simpatía que siempre sintieron por él García Lorca y Cernuda, seguramente porque Miguel hacía gala de su origen humilde y popular, fue muy conocida en la época en los ambientes literarios (quedan documentos de Neruda y Aleixandre diciéndole a Miguel cuál era la realidad del poeta granadino al que él tanto admiraba). Si a esto añadimos el hecho de que ninguno de los poetas que defendió la causa republicana lo hizo desde el frente y que, además, en cuanto se dieron cuenta de que la Guerra Civil se decantaba del lado nacional huyeron de España (Pedro Salinas, Jorge Guillén, Juan Ramón Jiménez, Rafael Alberti, Mª Teresa León, Luis Cernuda...), tenemos a un Miguel Hernández cuya luz brilla por encima de la de todos ellos. Aunque en algunos momentos en que vio cerca su fin pidió ayuda a sus amigos más fieles (Aleixandre, Cossío y Neruda), y es verdad que éstos lo ayudaron en todas las ocasiones en que pudieron hasta el final de sus días, nunca llegó Miguel a plantearse en serio el irse a Chile, como siempre le decía su amigo Neruda, quizá, en parte, porque su querida Josefina no veía porqué había que irse a un país tan lejano ahora que ya tenía un hijo.

Desde el final de la Guerra Civil hasta el 28 de marzo de 1942, día en que murió el poeta, con una pequeña excepción de más o menos quince días, vivió el resto de su tiempo en la cárcel. Su periplo por las tan higiénicas prisiones del franquismo fueron parte importante de su muerte prematura que hoy muchos consideramos no sólo una pérdida irreparable sino difícil de explicar, aunque, como decía Neruda, "aquel momento de España lo desterró a la sombra", lo que para muchos de nosotros hoy equivaldría a decir que fue la historia, nuestra historia, la que nos dejó huérfanos de un poeta que, de haber continuado escribiendo, hoy sería el poeta más conocido y considerado no sólo en España, sino también a nivel mundial, pues su poesía, mezcla de lo popular, la Naturaleza, lo aprendido en la vida y la decisiva influencia de la visión del arte del grupo de Vallecas y de sus amigos Neruda y Aleixandre, es un arte hoy sin seguidores.

Supongo que todos recordamos aquella cita de Alberti al surgir la revista *Garcilaso*, me adhiero a él pero cambiando el nombre del poeta toledano por el de Miguel Hernández, otro de los poetas, poco conocidos aún, sobre todo por nuestros jóvenes alumnos, que por ser el futuro, deberían conocer no sólo a éste, sino también a muchos poetas, novelistas y dramaturgos que en algún momento fueron oscurecidos por la historia de nuestro país, pues si bien la historia se forja sobre los errores de nuestros antepasados, es preciso conocerlos para no volver a cometerlos. "Lo bueno es obrar bien, aun en sueños", que diría el Segismundo de *La vida es sueño* de Calderón de la Barca.

Sin él, gran parte de mi generación, habríamos sido huérfanos, sin saberlo siquiera, de una poesía que para nosotros supuso un avance en nuestra forma de pensar y un conocimiento más profundo de grandes ideas que sólo él supo transmitir en una época tan difícil como la que le tocó vivir. Por todo ello, y ya que de bien nacidos es ser agradecidos, tengo que decir aquí que el artífice de mi amor por Miguel y por su poesía fue mi profesor de Lengua Castellana de 1º de BUP, Carlos Argüelles al que desde aquí quiero felicitar una vez más; y que los artífices de que haya escrito finalmente este artículo han sido Ángel, Magdalena, Carmen, Lourdes y todos los que, aun olvidando sus nombres, están apoyándome desde la distancia. Gracias a todos, sinceras, desde Santander.

Por Miguel, para Miguel y gracias a Miguel, el poeta de la luz, este recuerdo de un asturiano que ama su poesía y que nunca olvidará todo lo que de él y su obra aprendió. Que la luz que te alumbre y nos alumbre sea eterna. ■